

**Eugenio Díaz Romero**

## **Poniente trágico**

Cae la tarde en el estuario.  
Los violines de las selvas centenarias lloran largos  
misereres.  
Los sauces se estremecen bajo el soplo de la brisa,  
y sus lacias cabelleras de mujeres  
desoladas por el llanto de su sueño funerario, 5  
rozan la onda que se irisa  
como un cuerpo bajo el trémulo contacto de una mano.  
Finge inmensos y fantásticos bajeles,  
fabulosas grutas de oro,  
caravanas infinitas de enigmáticos camellos, 10  
crines crespas y flotantes de corceles.  
El crepúsculo violento que se extiende por el cielo,  
cual mirífico océano hecho todo de destellos  
de joyeles,  
cual incendio de amatistas y zafiros; 15  
como rauda catarata de esmeraldas y turquesas  
desprendida de lo alto en briosos giros;  
como el gran derrumbamiento de una Alhambra portentosa,  
cuyos finos capiteles y arquivadas  
se convierten en pavesas 20  
bajo la ígnea llama ardiente del ocaso,  
bajo la ígnea llama ardiente que hace rosa  
de corola y tallo suaves,  
de la nube crujidora como un raso.  
Y en los ámbitos azules 25  
desparrama  
largos tules  
en que imprime el sol poniente  
los colores atrevidos de su gama.  
Cae la tarde como lluvia de turquesas. Los suspiros 30  
de los árboles gigantes que decoran la ribera  
desfallecen en el fondo de los tibios horizontes,  
como queja plañidera  
de las arpas rumorosas de los montes.  
Una gran melancolía se difunde por el ámbito sereno. 35

La tristeza de las tardes desoladas  
se levanta desde el lecho de los mares y se extiende por  
doquiera.

El silencio pulveriza los sonidos en su seno,

————— 307 —————

y cual amplio cendal fino  
cubre todos los objetos que se alzan a lo largo 40  
de las márgenes calladas.  
Derrepente,  
de las ondas silenciosas y amarillas,  
surge suave y lentamente  
una nave, por un lívido remero tripulada. 45  
Boga lejos de las plácidas orillas,  
cual si un lúgubre presagio, un duelo amargo,  
en las hondas lejanías la internara.  
Yo conozco ese fantástico remero...  
un dolor indestructible lo devora, 50  
noche y día, a cualquier hora.  
Las angustias más tenaces y crueles  
destrozaron su alma rara.  
Comió espinas, bebió hieles.  
Tuvo noches de suplicio, como el triste prisionero 55  
a quien quema el amor santo  
y el Destino obliga, empero,  
a estar lejos de su dulce bien amada.  
Mucho más que en la agonía de la tarde  
con el trágico crepúsculo en su alma torturada; 60  
mucho más que la tristeza del ambiente  
es el áspero martirio y el horrísono quebranto  
de su ser, en el misterio de la noche sumergido;  
mucho más que la inclemente  
amargura de las hojas, murmurando eterno olvido, 65  
es el drama doloroso que se fragua entre las sombras  
de su frente de maldito;  
mucho más que todas esas pesadumbres del ocaso,  
es el fiero pensamiento que taladra su cerebro  
y se escapa de sus labios, como un grito; 70  
mucho más que las congojas de ese instante  
dicen la angustiosa palidez de su semblante,  
su pupila fulgurante  
bajo la obra despiadada de la fiebre;  
mucho más, en fin, que todas esas maravillas 75  
de la tarde inexorable, le tortura  
de su amante el abandono;  
la ruptura para siempre irreparable  
con aquella prodigiosa criatura  
de cabellos como el oro, 80  
de ojos verdes y quemantes, como vívida esmeralda;

vaso lleno de perfume y de amor lleno hasta el borde;  
voluptuosa y amorosa hasta dar al paroxismo;  
blonda y roja como anuncio de la aurora;  
dura al lloro; 85  
atrayera y peligrosa como abismo;  
flor extraña de pasión y de pecado,  
lazo fuerte que ligándolo al pasado  
lo encadena en el presente  
————— 308 —————

y se extiende, firme y recio, hacia el futuro; 90  
hechicera de lascivos labios rojos,  
de mirar ígneo y obscuro,  
de apariencia de sibila y enigmáticos antojos:  
indomable fuerza ciega y prepotente  
del fatal y dulce sexo, 95  
ante cuyas misteriosas seducciones  
se nublaba el pensamiento del remero;  
hondo y mágico venero  
del placer que da el delirio  
del amor, jamás saciado: 100  
tal fue aquella criatura  
para el triste tripulante de la nave,  
para el pálido remero que atraviesa  
la onda suave  
con el trágico recuerdo de aquel bello ser amado; 105  
conduciendo el denso fardo de amargura,  
presa de hondo abatimiento  
y desventura,  
y sus sueños derrotados bajo el brillo indiferente  
de las trémulas estrellas que aparecen en el cielo, 110  
sin calmar la fiebre intensa de su frente  
ni aportarle algún consuelo.

Y la nave avanza en tanto, lentamente;  
y se aleja por momentos de la tierra,  
el crepúsculo la envuelve en su sudario, 115  
y los místicos rumores de la noche que se acerca,  
la acompañan en su viaje misterioso.  
Reina un vasto sentimiento de agonía en el estuario.  
Se diría que algo muere en el borroso  
confín ancho de las costas serpenteantes. 120  
La figura del remero bajo el palio de las sombras  
desvanécese y se alarga,  
toma un tinte visionario,  
y por fin desaparece en lontananza.  
Y la nave, en tanto, avanza 125  
bajo el brillo parpadeante

de los astros que despuntan en el cielo,  
suavemente, lentamente,  
como el trémulo pañuelo  
que se agita en la ribera de la vida, 130  
despidiendo al desdichado  
en su lúgubre y su trágica partida.

Revista Nosotros, abril de 1908, Argentina